

LOCALIDADES TURÍSTICAS DE EXTREMADURA

ALANGE

Por JOSÉ A. SAENZ DE BURUAGA

TENIA yo muchos deseos de visitar Alange. Hace poco tiempo, gentilmente invitado por un buen amigo, don Narciso Lozano Benítez, tuve la ocasión de satisfacerlos. Salí de Mérida por la mañana, en un tren de los denominados muy expresivamente con el nombre de «carretas». En el breve trayecto hasta el apeadero de la Zarza, al contemplar el campo, sentí una gran satisfacción. El paisaje es bonito. Se bordea la orilla derecha del Anas romano y hay bastantes casitas de campo entre la verdura. Como fondo se tiene el azul de las montañas. Pronto, a la derecha, se pierden las casas y las dos torres más altas de Mérida, la del Museo, oscura y ancha, y la de Santa María, blanca y más esbelta. A sus pies el largo puente enlaza las dos orillas, y en la zona opuesta a la ciudad suelta humo la larga chimenea del Matadero.

Después de pasado Don Alvaro y un puente de hierro que los obreros estaban pintando, para defenderlo de la herrumbre, me apeo en la Zarza. El coche que nos lleva para Alange va muy bien aprovechado y, por falta de sitio en su interior, voy al aire, en una plata. forma colgada en la parte trasera. Sube el cacharro con increíble velocidad aquellos repechos y nos adentramos poco a poco en la sierra. El pueblo de la Zarza se amontona en las faldas de una altura. Después de breve parada, continuamos la marcha. Por la izquierda se ve, cercana, la sierra de la Calderita, destacando una fuerte cornisa, en la que se conservan pinturas rupestres del más alto interés. Por la derecha, en el borde mismo de la carretera, hay dos cementerios y detrás de ellos desciende el terreno hasta confundirse con la llanura inmensa. Entre peñas muy cercanas subimos dando vueltas los últimos repechos y, de pronto, desembocamos en la villa de Alange.

Me dirijo hacia la explanada de la Iglesia por una larga calle a medio urbanizar. Allí me espera mi amigo y juntos vamos a visitar el balneario. Bajamos la calleja por una acera de escalones. Observo que abundan las cesterías y recuerdo que precisamente la villa tiene fama por esa industria también. Compro postales de muy mala calidad, por cierto, en una simpática tienda de esas de pueblo, donde se vende de todo. Al salir, un bosque allá en la hondonada me anuncia el lugar de los famosos baños. Me anima mucho esta visión de las frondas, pues por aquí no se prodigan. Descendemos por unas escaleras de anchura irregular hasta los baños romanos. Las paredes son romanas, de mampostería careada, como la de algunos monumentos de Mérida. Con ellas desentonan las gradas de la escalera, que son de mármol blanco. Quedarían mejor de granito. Al entrar en «el ro-

mano» de los hombres, como le llaman los naturales, suprimiendo el sustantivo, quedo profundamente impresionado. Estoy en el interior de una edificación romana, que sigue usándose después de dos mil años. Una enorme bóveda que recuerda la del Panteón de Roma, salvando las proporciones y demás, recoge prestamente y devuelve con el eco nuestras palabras. El cielo se recorta por el lucernario de lo alto. El ándito circular donde estamos rodea el baño que tiene tres gradas para bajar hasta el fondo del mismo. No puedo menos de bajar hasta la primera y satisfacer un capricho pueril: tocar las aguas salutíferas (nunca mejor empleada esta palabra compuesta latina), que son las mismas de los romanos. ¿Cómo pudo adivinar aquella gente el valor curativo de estas aguas? Cuando pasa un cierto tiempo me fijo más reposadamente en todo. Y comienzan mis lamentaciones. ¿Por qué no se quitan el enlucido de la bóveda y paredes? ¿Por qué no se derriban los panderetes que reducen y quitan proporción a las cuatro hornacinas de los vestuarios? ¿Por qué no se hacen desaparecer la barandilla circular de hierro que ahoga el estanque y el pivote central de éste y los baldosines y los azulejos de algunas gradas? ¡Cuánto ganaría todo aquello, haciendo esta breve obra! Se restituirían su primitiva forma y carácter y adquiriría todo una grandiosidad de que ahora carece.

Después de este baño visitamos el de las mujeres. Son exactamente iguales y no nos detenemos. Volvemos a tropezar con la escalera para subir a la parte moderna de los baños. Hay arriba un patio bastante alegre. En una de las paredes veo empotrada el ara votiva dedicada a Juno y a su lado la traducción española esculpida en una lápida de mármol. Encima, a una altura absurda, hay una estatua sedente de la diosa Juno, que no ví de cerca y bien. Pero no parece romana. Creo que el ara debía quitarse de allí, colocarla más baja y separarla de la pared, para que se viera por los cuatro costados. Esta colocación sería más orgánica y más lógica.

Salimos de los baños. Yo, satisfecho de comprobar su relativa buena conservación, pero al mismo tiempo disgustado por comprender que a aquello no se le saca artísticamente el partido que tiene, y nos acercamos a la próxima ermita de San Bartolomé, donde se venera el Cristo de los Remedios. Una mujeruca cose en una silla baja, a la puerta. Es la que cuida de ella. En el interior hay un buen retablo barroco, el del altar mayor y un Cristo de buena talla. También se venera una imagen de San Bartolomé. Nos vamos de allí para visitar la Iglesia Parroquial. Es toda de ladrillo. Su fachada principal está poco bonita con una obra reciente que se ha hecho para contener el empuje de los muros. Antes de entrar, observamos en lo alto de la torre varias banderas colocadas en lugares peligrosos por arrojados mozos del pueblo con motivo de la reciente llegada de la imagen de la Virgen de Fátima. Vemos la Iglesia, acompañados amablemente por el señor Cura Párroco y ayudándonos del Catálogo Monumental de Mérida. Las bóvedas están agrietadas y hay en nervios y paredes una horrible imitación de piedra. ¿Por qué ese afán de imitar? La pequeñez del arco triunfal impide ver de lejos el altar

mayor, en cuyo retablo churrigüesco, fechado, hay una buena talla de la Virgen de los Milagros, Patrona del pueblo. El retablo de la capilla del Sagrario también es una bella obra, así como el Cristo del mismo.

Las primeras horas de la tarde, antes de partir, fueron aprovechadas para subir al castillo. Pasamos en el camino por los aljibes y la denominada «Puerta del Sol». Merece la pena jadedar por las laderas para contemplar desde arriba un precioso paisaje. Hay varios ríos y una confluencia. A los pies se ve el pueblo, silencioso y, más cercanas, las tierras, donde trabajan los campesinos, cuyas voces suben muy claras hasta la cima. En la lejanía se divisa, difuminada, la torre de Almendralejo y, por otro lado, Mérida, el Guadiana y la Sierra de la Oliva. El castillo está ya muy arruinado. Hace poco se cayó un lienzo de pared que tenía interesantes pinturas. Lo mejor conservado es la Torre del Homenaje, que el mismo pueblo, con el asesoramiento técnico correspondiente, debiera restaurar y techar para conservarla. De no hacerlo dentro de poco, no quedará nada allá arriba y se perderá una silueta familiar. Todo este inmenso peñote del castillo es de gran interés. En él registró Mérida los restos de una citania y han salido torques de oro correspondientes a la Edad del Bronce y objetos romanos.

Lamentando que el poco tiempo disponible no me permita visitar las pinturas rupestres de la Calderita, inicio el regreso para Mérida, ojeando unos folletos sobre Alange, que me ha dado para la Biblioteca del Museo el Administrador del Balneario, don Carlos Berbén. Con este amable señor voy hablando y comentando las posibilidades médicas y turísticas de Alange. El balneario, me dice, es el octavo de España, en cuanto a afluencia de enfermos. Hay, pues, campo para sacar de él un gran partido. Luego las mismas termas romanas y las pinturas rupestres pueden atraer a muchos turistas, pero habría que organizar aquello debidamente. Buenos y modernos hoteles y restaurantes, buenas carreteras, buena propaganda, restauración total de los baños y habilitación de sus alrededores. Organización de excursiones y, para llegar hasta las pinturas, un guía cuando menos que acompañe hasta ellas. Alange sería mucho más conocido y visitado. Creo que lo merece.

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono

n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.